

viva, una cosa inefable y divina, ante la cual nuestra mejor actitud, con toda la ciencia que se quiera, es siempre la veneración, la prosternación piadosa, la humildad del alma, la adoración del silencio, si no de las palabras (1).» Tal es, efectivamente, la actitud ordinaria de Carlyle. Conduce a estupor. Más allá y por debajo de las cosas ve como un abismo, y se detiene estremeciéndose. Veinte, cien veces se le ve suspender el relato y ensimismarse, en la historia de la Revolución francesa. La inmensidad de la negra noche en que surgen por un instante las apariciones humanas, la fatalidad del crimen que, una vez cometido, queda enlazado á la cadena de las cosas como un eslabón de hierro, la tendencia misteriosa que impulsa á todas aquellas masas flotantes hacia un objeto ignorado é inevitable: he ahí las grandes y siniestras imágenes que le obsedian. Medita ansiosamente en ese foco del ser de que no somos más que reflejos. Camina lleno de alarmas por entre ese pueblo de sombras, y se dice que él es una de ellas. Se queda suspenso al pensar que aquellas fantasmas humanas tienen su sustancia *en otra parte* y responderán eternamente de su corto paso. Clama y se estremece al representarse ese mundo inmóvil de que el nuestro no es sino mudable figura. Adivina allí un no sé qué de augusto y terrible. Porque él le forja y forja el nuestro á imagen de su propio espíritu; le define por los sentimientos que le causa, y le figura por las impresiones que le produce. Al menor suceso que toca se alza y hierve en su interior un caos móvil de visiones espléndidas, de perspectivas infinitas. De todos los confines del horizonte afluyen violentamente las ideas, precipitándose y

(1) *Sobre los héroes*, pág. 3.

atropellándose, entre las tinieblas y los relámpagos; su pensamiento es una tempestad, y las magnificencias, las oscuridades y los terrores de una tempestad es lo que él atribuye al universo. Tal concepción es la verdadera fuente del sentimiento religioso y moral. El hombre penetrado de ella pasa la vida, como los puritanos, venerando y temiendo. Carlyle se pasa la vida expresando é inspirando la veneración y el temor, y todos sus libros son predicaciones.

V

He ahí un espíritu verdaderamente extraño, y que nos hace pensar. Nadie más á propósito para manifestar verdades que esos seres excéntricos. No será tiempo perdido buscar el puesto de éste, y explicar por qué razones y en qué medida debe fallar ó alcanzar la verdad y la belleza.

En cuanto queréis pensar, tenéis delante de vosotros un objeto entero y distinto, es decir, un conjunto de detalles unidos entre sí y separados de lo que los rodea. Sea el que quiera el objeto, árbol, animal, idea, suceso, siempre acontece lo propio; siempre tiene partes, y esas partes forman siempre un todo. Ese grupo más ó menos vasto comprende otros, y queda á su vez comprendido en otros; de suerte que la más pequeña porción del universo, como el universo entero, es un *grupo*. Así, pues, toda la obra del pensamiento humano es reproducir grupos. Según que un espíritu es ó no á propósito para esa obra, es capaz ó incapaz. Según que puede reproducir grupos grandes ó pequeños, es grande ó pequeño. Según que puede

reproducir grupos completos ó sólo algunas de sus partes, es completo ó parcial.

¿Qué es, pues, reproducir un grupo? En primer término, es separar todas sus partes; en segundo término, disponerlas en filas según sus semejanzas; en tercer término, distribuir esas filas en familias; y, en fin, reunir el todo bajo algún carácter general y dominante. En resumen: imitar las clasificaciones jerárquicas de las ciencias. Pero la tarea no acaba ahí. Esa jerarquía no es un arreglo artificial y exterior; es una necesidad natural é interior. Las cosas no son muertas, sino vivas; hay una fuerza que produce y organiza ese grupo, que enlaza los pormenores y el conjunto, que repite el tipo en todas sus partes. Esa fuerza es la que el espíritu debe reproducir en sí mismo, con todos sus efectos; es menester que la sienta de rechazo y por simpatía, que ella engendre en él el grupo entero, que se desenvuelva dentro de él, como se ha desenvuelto fuera de él; que la serie de las ideas interiores imite la serie de las cosas exteriores; que á la concepción se agregue la emoción; que la visión acabe el análisis; que el espíritu se haga creador como la naturaleza. Sólo entonces podremos decir que conocemos.

Todos los espíritus siguen una ú otra de esas dos vías, que los dividen en dos grandes clases, y corresponden á temperamentos opuestos. En la primera están los simples sabios, los vulgarizadores, los oradores, los escritores, y, en general, los siglos clásicos y las razas latinas; en la segunda están los poetas, los profetas, ordinariamente los inventores, y, en general, los siglos románticos y las razas germánicas. Los primeros van paso á paso, de una idea á la inmediata; son metódicos y circunspectos; hablan para todo el

mundo, y prueban todo lo que dicen; dividen en compartimientos previos el campo que quieren recorrer, para agotar todo su asunto; marchan por caminos rectos y llanos, para estar seguros de no caer jamás; proceden por transiciones, por enumeraciones, por resúmenes; avanzan desde las conclusiones menos generales á otras más generales cada vez; hacen la clasificación exacta y completa del grupo. Cuando van más allá del simple análisis, todo su talento consiste en defender tesis elocuentemente; entre los contemporáneos de Carlyle, Macaulay es el modelo más acabado de este género de espíritu. Los otros, después de escudriñar violenta y confusamente los pormenores del grupo, se lanzan de un salto á la idea madre. Entonces ven el grupo entero; sienten las potencias que le organizan; le reproducen por adivinación; le pintan con las palabras más extrañas y expresivas; no son capaces de descomponerle en series regulares; siempre le perciben en globo. No piensan más que á favor de bruscas concentraciones de ideas vehementes. Tienen la visión de efectos lejanos ó de acciones vivas; son reveladores ó poetas. M. Michelet es, entre nosotros, el mejor ejemplo de esta forma de inteligencia, y Carlyle es un Michelet inglés.

Lo sabe, y sostiene acertadamente que el genio es una intuición, una vista de lo íntimo (*insight*). «El método de Teufelsdræckh (dice, hablando de un personaje en que se pinta á sí mismo) no es nunca el de la lógica vulgar de las escuelas, donde todas las verdades se ordenan en fila, agarrada cada una al faldón de la otra, sino el de la razón práctica, que procede por amplias intuiciones comprensivas de grupos y de reinos enteros sistemáticos; por eso campea en su filosofía ó pintura espiritual de la naturaleza una noble

complejidad, casi semejante á la de la naturaleza: un laberinto grandioso, pero no exento de plan, como dice la fe en voz baja. » Sin duda, pero tampoco faltan los inconvenientes, y, en primer término, la oscuridad y la barbarie. Hay que estudiarle laboriosamente, para entenderle, ó tener su mismo género de espíritu; pero pocas personas son críticos de profesión ó videntes por naturaleza; en general, se escribe para ser comprendido, y es lamentable llegar á enigmas. Por otra parte, ese procedimiento de visionario es arriesgado; cuando se quiere saltar de buenas á primeras á la idea íntima y generadora, se corre el riesgo de caer. La marcha progresiva es más lenta, pero más segura: los metódicos, de quienes tanto se burla Carlyle, tienen sobre él, por lo menos, la ventaja de poder afirmar todos sus pasos. Añádase á esto que tales adivinaciones y tales afirmaciones vehementes suelen ir desprovistas de pruebas; Carlyle deja al lector la tarea de buscarlas; el lector no las busca frecuentemente, y se niega á creer al adivino por su palabra. Nótese, además, que en ese estilo entra infaliblemente la afectación. Forzoso es que sea inevitable para que esté lleno de ella un hombre como Shakespeare. El simple escritor, razonador y prosista, siempre puede razonar y seguir adelante con su prosa; su inspiración no tiene intermitencias ni exige esfuerzos. La profecía, al contrario, es un estado violento que no se sostiene. Cuando falta, se sustituye con grandes ademanes. Carlyle se acalora para no dejar de ser vehemente. Se descompone, y esa epilepsia deliberada y continua es un espectáculo de lo más enojoso. No se puede aguantar á un hombre que divaga, que se repite, que vuelve una y otra vez sobre las excentricidades y exageraciones que ya se ha permitido, que forma con ellas una jeri-

gonza, que declama, que gesticula, y, como un mal cómico ampuloso, acaba por crisparnos los nervios. En fin, cuando ese género de espíritu se asocia en un alma orgullosa con hábitos de predicador tristoño, engendra los malos modales. Muchas personas juzgarán á Carlyle jaetancioso y grosero; viendo sus teorías y su manera de expresarse, sospecharán que se considera como un gran hombre no comprendido, de la especie de los héroes; que, en su sentir, la humanidad debería ponerse en sus manos y confiarle sus intereses. Y el hecho es que nos da lecciones, y desde lo alto. Desprecia su época; usa un tono agrio y desabrido; anda sobre zancos. Desdeña las objeciones. Sus adversarios no son, para él, de su talla. Pone como un trazo á sus predecesores; cuando habla de los biógrafos de Cromwell, toma el talante de un sabio metido entre zafios. Tiene la suprema sonrisa, la condescendencia resignada de un héroe que sabe que es un mártir, y no sale de esa situación sino para gritar destempladamente como un plebeyo sin crianza.

Todo eso lo redime con usura mediante raras ventajas. Dice la verdad: los espíritus como el suyo son los más fecundos. Son casi los únicos que hacen los descubrimientos. Los meros clasificadores no inventan; son demasiado secos. «Para *conocer* una cosa, lo que se llama conocer, hay que amarla ante todo, hay que simpatizar con ella.»—«El entendimiento es tu ventana...; pero la imaginación es tu ojo.»—«La imaginación es el órgano de lo divino.» En lenguaje más sencillo, eso significa que todo objeto, animado ó inanimado, está dotado de fuerzas que constituyen su naturaleza y producen su desarrollo; que, para conocerle, tenemos que volver á crearle en nosotros mismos con el cortejo de sus potencias, y que no le comprendemos

de un modo íntegro, sino sintiendo interiormente todas sus tendencias y *viendo* interiormente todos sus efectos. Y en rigor, ese procedimiento, que es la imitación de la naturaleza, es el único por el cual podemos penetrar en la naturaleza. Shakespeare le seguía por instinto, y Goethe por método. No hay ninguno tan poderoso ni tan delicado, tan amoldado á la complejidad de las cosas y á la estructura de nuestro espíritu. No hay ninguno más á propósito para renovar nuestras ideas, para sacarnos de las fórmulas, para librarnos de los prejuicios con que la educación nos cubre, para derribar las barreras con que nos cerca el medio social. Gracias á él, Carlyle, emancipándose de las ideas oficiales inglesas, ha penetrado en la filosofía y en la ciencia de Alemania, para repensar á su modo los descubrimientos germánicos y dar una teoría original del hombre y del universo.

§ 2.º—SU PAPEL

De Alemania ha sacado Carlyle sus más grandes ideas. Allí estudió. Conoce perfectamente su literatura y su lengua. Pone esa literatura en primer término. Ha traducido el *Guillermo Meister*. Ha compuesto una larga serie de artículos críticos sobre los escritores alemanes. En este momento escribe una historia de Federico el Grande. Es el más acreditado y original de los intérpretes que han traducido el espíritu alemán en Inglaterra. No es una obra de poca cuantía, porque en una obra semejante trabaja hoy todo el mundo que piensa.

I

Desde 1780 hasta 1830, Alemania ha producido todas las ideas de nuestra edad histórica, y durante medio siglo, durante un siglo quizá, nuestro gran empeño será repensarlas. Los pensamientos que nacen y brotan en un país no dejan de propagarse á los vecinos y de injertarse en ellos durante una temporada. Lo que hoy nos sucede ha sucedido ya cien veces en el mundo; la *vegetación del espíritu* ha sido siempre la misma, y podemos prever para el porvenir, con alguna seguridad, lo que observamos en el pasado. En ciertos momentos aparece una *forma* de espíritu original, que produce una filosofía, una literatura, un arte, una ciencia, y que, renovando el pensamiento del hombre, renueva lenta é infaliblemente todos sus pensamientos. Todos los espíritus que investigan y descubren están en la corriente: no avanzan más que por su virtud; si se oponen á ella, se detienen; si se desvían, se atrasan; si la ayudan, van más lejos que los otros. Y el movimiento continúa mientras queda algo que inventar. Cuando el arte ha dado todas sus obras, la filosofía todas sus teorías, la ciencia todos sus descubrimientos, se detiene, y otra forma conquista el imperio, ó el hombre deja de pensar. Así apareció en el Renacimiento el genio artístico y poético, que, nacido en Italia y llevado á España, se extinguió aquí al cabo de siglo y medio en la extinción universal, y que, transplantado con otros caracteres á Fran-